

HACIA UN HUMANISMO HISPANOAMERICANO

VIEJO Y NUEVO HUMANISMO

En la historia de los conceptos de contenido cultural pocos encontramos que hayan determinado un interés tan constante como el concepto de humanismo. La explicación es fácil, puesto que si la idea se configuró (no sería exacto decir que 'nació') en una época precisa, su significado y sentido desbordan claramente hacia atrás ese momento inicial. No se trata, pues, de una noción adscrita en exclusividad a una época (vale decir, al Renacimiento) sino de algo que, aparte de existir en las demás épocas culturales, alcanza a llegar, con renovado vigor, al tiempo en que vivimos.

En efecto, la comprobación rotunda que está a nuestro alcance es la de que el concepto de humanismo, su problemática y fecundidad aparecen hoy, más que nunca, como tema fundamental de ahondamiento y polémicas. Con la particularidad, como digo, de que no se circunscribe a un planteo centrado en el pasado. Por el contrario, su vigencia es actual y su validez se siente en relación al hombre contemporáneo, al hombre de nuestro tiempo.

Con otras palabras, no sólo no se identifica al humanismo con una determinada época cultural, aunque se reconozca un momento de arranque en el enfoque, sino que se lo ve como un filón que atraviesa prácticamente todas las épocas históricas y llega así, con crecida vitalidad, al siglo xx. Por eso, no se piensa ya únicamente en un humanismo renacentista, y, por el contrario, es atendible considerar un humanismo antiguo, un humanismo medieval, etc., hasta llegar a un humanismo contemporáneo. En otra perspectiva, captamos también un humanismo cristiano, un humanismo oriental,

etc.¹. Tal comprobación pertenece hoy al sector de los lugares comunes, si bien lo que más importa es la fuerza respaldadora que sostiene esos 'humanismos'.

Sobre esta base corresponde agregar que, si aún siguen teniendo validez explicaciones que se dirigían especialmente al humanismo renacentista, la riqueza y variedad que ha ganado la idea limita como insuficiente la caracterización que pudo o puede satisfacer a una época, y, sobre todo, al humanismo renacentista. Por eso, llegó a escribir E. R. Curtius: "Tantas variedades de humanismo nos ofrece la historia que su esencia se volatiliza y se hace vana"². Claro que el juicio de Curtius, al marcar la trayectoria y complejidad del fenómeno, concluye también con un sentido negativo extremado.

(Y esto sea dicho con todo el respeto que nos merece el sabio filólogo).

Replegando ahora un tanto la reacción, creo que si hay variedad y evidente complejidad, que si no todo alcanza a explicarse dentro de más o menos cómodos casilleros vinculados a una única época, por otro lado, hay ciertas raíces o líneas que pueden extenderse con un sentido abrazador bastante nítido. Por lo pronto, durante el Renacimiento cobra vida — es sabido — el concepto de humanismo, centrado en su noción de 'cultura humana' y en oposición a la 'cultura teológica', que se consideraba identificada con un momento o época anterior, y contra la cual se reacciona.

En su sentido lato, el humanismo consistió en el conocimiento de las obras de la antigüedad clásica (conocimiento

¹ Ver un interesante reflejo del humanismo contemporáneo (con motivo de uno de los Rencontres Internationes de Genève) en la revista *Suisse Contemporaine* (Lausana), núm. 9 (1949).

² Cf. también: "El glorificado y glorificador humanismo de colegios y liceos, que todavía hoy tiene una tendencia a lo edificante, es antípoda del humanismo auténtico y audaz de los espíritus libres. Ansiamos un humanismo limpio de toda pedagogía — y más que nada, de toda política —, capaz de gozar simplemente de la belleza" (E. R. CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media latina*, trad. de Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre, I, México, 1955, pág. 354).

en amplitud y en 'comprensión') como un medio tendiente a la elevación del hombre.

Humanismo, *humanitas*. De esta manera identificamos dos palabras que son, en realidad, una sola. O, mejor, dos largas etapas de una única idea, eso sí, enriquecida por los siglos. Pensamos primeramente en la *humanitas*, con el sentido que le daban Cicerón y Varrón, es decir, de educación del hombre, semejante a la *Paideia* griega³.

Al detenernos en el Renacimiento, no es simple coincidencia el hecho de que durante esta época se hable con frecuencia de 'la dignidad del hombre' (cuyo ejemplo español más conocido resalta en la obra de Fernán Pérez de Oliva), ni llama la atención que hombres de nuestro tiempo — como Rodolfo Mondolfo — vean el rasgo definidor del Renacimiento en la "reivindicación de la dignidad y excelencia del hombre"⁴.

La educación que tendía a tan alto fin no se reducía a un arte o disciplina. Abarcaba las llamadas *bonae litterae* (poesía, ciencia, filosofía; la cultura clásica en general)⁵, es decir, buscaba su mayor apoyo en la sabiduría de los antiguos. El humanismo renacentista tenía, pues, los ojos puestos en los grandes escritores de Grecia y Roma, sobre los cuales conformaba (repito: con una amplitud de comprensión negada a menudo a los hombres medievales) su ideal de humanidad. Grecia y Roma, claro está, y agregados siglos de cristianismo.

La sabiduría antigua — subrayamos la importancia de la poesía y la elocuencia — nutría, así, de elementos estéticos al intelecto... Y esto nos permite comprender mejor la doble

³ Cf. MICHELE FEDERICO SCIACCA, *Qué es el humanismo*, trad. de Alberto J. Vaccaro, Buenos Aires, 1960, págs. 17-18.

⁴ "... por eso el Renacimiento, al reivindicar la dignidad y excelencia del hombre, no repite solamente un motivo que encontraba en los escritores y filósofos antiguos, sino que afirma una orientación contraria a la dominante en la Edad Media, y que se demuestra fecunda en grandes consecuencias" (R. MONDOLFO, *El Renacimiento italiano y la filosofía moderna*, en *Ensayos sobre el Renacimiento italiano*, Tucumán, 1950, pág. 37).

⁵ Cf. J. HUIZINGA, *Erasmus*, trad. de J. Farral y Mayoral y S. Olives Canals, Barcelona, 1946, pág. 147.

cara del fenómeno: una estética — cultural, como medio; otra, ética, como fin.

Es sabido que no todos aquellos que se citan en la copiosa serie de humanistas del Renacimiento llevaron hasta sus vidas los ideales preconizados en sus libros o que se deducen de ellos. Pierde de esta manera fuerza una energía que no puede esfumarse sin debilitar un carácter esencial. Claro que exageraríamos debilidades achacando a todos lo que no es pecado de todos...

Este enfoque elemental del humanismo, que —creo— resulta válido para la comprensión del renacentista, resulta, a la vez, limitado o muy estrecho al aplicarse a otras épocas. Particularmente, al aplicarse al humanismo contemporáneo. Por lo pronto, la importancia que aún se sigue concediendo a la 'antigua sabiduría', no puede comprimir otras posibilidades educativas que, sin embargo, alcanzan también a perfilar o dar consistencia a un 'humanismo'. Y esto es previsible, puesto que nos movemos dentro de una idea que, entre otras características, tiene la de repugnar moldes rígidos y la de desbordar intentos clausuradores. No se trata de defender una discutible 'ley del progreso', sino de percibir transformaciones y enriquecimientos críticos

Claro que hay también (conviene establecerlo) algún límite. Ampliación, flexibilidad, cambios parciales, sí, pero dentro de la coherencia y —¿por qué no?— de una continuidad unificadora que permita abarcar tanto al humanismo de ayer como al humanismo de hoy. Es necesaria la aclaración ante peligrosos embates de 'ciencias nuevas' o rejuvenecidas que pretenden —ímpetu de juventud— exclusivismo discutible en la caracterización del nuevo humanismo⁶. Reparo,

⁶ "Entre las ruinas de una civilización en crisis" — escribió Laín Entralgo — "un humanismo nuevo parece insinuarse: un humanismo de cuya estructura son parte, entre otros ingredientes, la tecnificación y la automatización del trabajo, y la real y física extraterrenalidad de la existencia humana...".

Pero de inmediato corrige y completa: "— puede y debe seguir vigente el cultivo de la antigüedad clásica...: mundo en que el hombre empezó a conocer, míticamente al comienzo, racionalmente después, la índole y el alcance

sobre todo, en recientes identificaciones entre tales ciencias (o, más exactamente, en determinadas 'ciencias del hombre'): sociología, psicología, antropología cultural, economía, etc.) y el humanismo. Identificaciones que suelen olvidarse, en su afán de prioridad o sustituciones, de los valores estéticos.

Reconocer avances indudables de esas ciencias es reconocer lo evidente. Pero, en el especial campo del humanismo la indiscutible significación de aquellas no debe desplazar ciertos sectores y especialmente, como digo, algunos que daban notas esenciales del antiguo humanismo. Con otras palabras: no puede haber verdadero humanismo sin un fundamental respaldo estético-artístico. Omitirlo es estrangular partes vitales del hombre.

Afortunadamente vemos que, aún dentro de la vaguedad con que hoy se utiliza el nombre de 'humanista', se repara a menudo en la condición de 'escritor'. Es decir, como proyección que escapa a la pura 'ciencia' y que agrega especiales resonancias creadoras. Si, a su vez, tal denominación — la de 'escritor' — es también de uso bastante ambiguo, sirve, por lo menos, para subrayar condiciones artísticas. Y eso es lo que, aquí, nos interesa realmente.

En cambio, no creo que haya variado el fin del humanismo. Vale decir, la meta perseguida en la elevación moral del hombre. Y no ha variado porque tal rasgo se liga a lo esencial del concepto.

de sus propias fuerzas..." (P. LAÍN ENTRALGO, *Lorenzo Ribera*, en *Ejercicio de comprensión*, Madrid, 1959, págs. 132-134).

Y en un recordado discurso, con motivo del Segundo Centenario de la Universidad de Columbia, el físico J. Robert Oppenheimer pronunció sensatas palabras que conviene recordar: "La especialización de la ciencia acompaña invariablemente el progreso: sin embargo, esta especialización está llena de peligros, representa también una pérdida cruel, pues muchas cosas bellas, muchas luces, se encuentran cortadas de la más grande parte del mundo..."

Corresponde al hombre de ciencia y al hombre consagrado al arte — según Oppenheimer — el esfuerzo de "equilibrar la innovación y la síntesis", de "luchar para establecer un orden parcial en un caos total". Sólo nos cabe agregar que esos dos hombres se fusionan en *uno* en el auténtico humanista (ver el texto francés de la conferencia de Oppenheimer, *Perspectivas de las artes y de las ciencias*, en la revista *Profils* (París), número 11 (1955), págs. 5-15).

Teniendo en cuenta las posibilidades apuntadas, con un criterio que intenta ser, a la vez, flexible y preciso, y que procuro defender tanto en párrafos precedentes como en las líneas que siguen, es como me atrevo a intentar esta definición del humanismo contemporáneo: amplitud de conocimientos; coherencia y fecundidad de esa sabiduría, cuya culminación está en la plenitud noble del hombre (y su consecuencia o fruto, en un ámbito social visible) ⁷.

HACIA UN HUMANISMO HISPANOAMERICANO

Aceptando esta poco compleja caracterización del humanismo contemporáneo, la verdad es que su enunciado (al margen, consecuencias) no presupone localizaciones de ninguna especie. Ni siquiera aquellas que, como punto de arranque o modelo, encontrábamos en el humanismo renacentista. Por el contrario, pensamos en el humanismo por encima de fronteras y vínculos más o menos ceñidos a cosas y lugares (si bien no llego a establecer identificación, por eso, entre humanista y un no siempre claro espécimen de *citoyen du monde*).

Subrayo, pues, una dimensión universalista. De ahí que, en apariencia, haya cierta contradicción entre la definición antedicha y la pretensión de establecer un 'humanismo hispanoamericano', partición recortada no ya sobre un continente geográfico sino sobre un sector de un continente, aunque tal sector tenga una dimensión espacial considerable.

Pues bien, el hecho de reconocer como rasgo importante del humanismo un desbordar por encima de lugares y fronteras, no anula la existencia de un humanismo hispanoamericano. Y, a mi modo de ver, no lo anula porque es indudable que, dentro del humanismo, 'universal' en su esencia (si

⁷ Sobre algunas aplicaciones 'americanas' de esta caracterización, ver mis trabajos sobre *Pedro Henríquez Ureña* (*Pedro Henríquez Ureña y otros estudios*, Buenos Aires, 1949) y *San Martín* (*La formación humanista de San Martín*, Salta, 1950).

vale el enorme nombre) nos movemos con zancos que aspiran a borrar o, por lo menos, a hacer menos rígidos límites nacionales o ámbitos patrióticos. Y, por descontado, nos movemos todavía dentro de una categoría con mucho de ideal, más dicha que sentida o percibida.

De tal manera, un humanismo continental (o de un gran sector continental) es todavía un grado previsible, más concreto y aprehensible. Grado que si, por una parte, supera ya factores nacionales o regionales, por otra se detiene ante una realidad que puede captarse en su unidad y dimensión.

No creo que, en nuestro caso, se trate de un simple error de perspectiva, error que podría hacernos ver como exclusividad de Hispanoamérica —o de la América Hispánica— lo que ciertamente no lo es. Pero, sin exclusivismos totales, la verdad es que existen determinados problemas (políticos, culturales, económicos, sociales) en proximidad que deriva de una amplia y renovable unidad hispanoamericana (de origen, de paralelismo histórico, de lengua, de religión, etc.).

Veamos esto mejor con otro plano y otra perspectiva. En otra época (aunque difícilmente entre nosotros) quizás pudo ser factible el humanista encerrado entre cuatro paredes y el cultivo fervoroso de la ciencia, cuyo logro total se buscaba en la identificación con antiguos modelos. Si eso pudo ser posible en otro tiempo, hoy tal situación nos parece sin sentido. Ni siquiera la concebimos en culturas más estables o con mayor tradición que las nuestras. Así, pues, ese ejemplar resulta anacrónico en Hispanoamérica.

No se trata de hacer del humanista contemporáneo un 'hombre de acción', en el significado corriente de la expresión, sino de adscribir al carácter de humanista un sentido integral de hombre. Hombre que, si por una parte, aspira a trascender una realidad, no por eso desprecia o borra la realidad circundante.

Insisto: tal relación, de ninguna manera supone encerrar el humanismo dentro de límites locales e nacionales, límites que, por descontado, tiene que desbordar. Pero, al mismo

tiempo, el desborde se contiene aquí frente a una realidad más amplia, si bien no exageradamente amplia. Con más exactitud, y para no negar las virtualidades universalistas del humanismo, diré que tal rasgo se repliega circunstancialmente ante necesidades inmediatas y ansias de concreciones.

En el afán de deslindes, no es el caso de enfrentar dos visiones opuestas — una, extendida; otra, limitada — sino de comprender sectores definidos, y grados. Creo que la oposición se marca, sí, entre esas dos visiones y las delimitaciones demasiado estrechas o locales. Aquí está, sin duda, la verdadera alternativa.

De más está decir que, dentro de este humanismo hispanoamericano que propugnamos, aparece siempre como culminación la plenitud del hombre. Hoy y aquí, la riqueza y variedad de conocimientos, así como la coherencia y fecundidad de ellos, son las bases en que se apoya la condición que analizamos. Pero también, hoy y aquí ese apoyo se siente vacío si no alcanza a coronarse con esa meta en cuyo centro colocamos la categoría moral. Es decir, la proyección íntima que configura la verdadera jerarquía humana. Y este enriquecimiento interior se completa, es decir, alcanza su logro total al irradiar — ejemplo visible, influencia — hacia afuera. Con más razón, repito, esto es válido dentro de las apetencias y urgencias del humanismo hispanoamericano.

Difícilmente ha cuajado en nuestra América, como consecuencia, sin duda, de una realidad político-social absorbente, la identificación entre humanismo y vida pública. En rigor, tal proximidad no suele darse con frecuencia en otras partes, aunque se da más que en nuestro continente. La comprobación americana, o hispanoamericana, nos conduce a algo así como un rechazo instintivo. Claro que no hay una oposición radical ni mucho menos. Y es muy posible (y deseable) que el futuro permita — nos permita — tales ejemplares. Mientras tanto, el humanista hispanoamericano, al que no desligamos, repito, del ambiente en que vive, se personaliza, sobre todo, en el 'Maestro', vale decir, en el hombre que trasciende a través

de su libro y su palabra. (Y no pidamos aquí mucha precisión al vocablo 'Maestro').

Creo que de esta manera y sin desdeñar de los rasgos esenciales del humanismo (aquellos que nos permiten enlazar el humanismo de todos los tiempos) alcanzamos a caracterizar un sector más recortado — no muy recortado — que justificamos con la denominación de 'humanismo hispanoamericano'.

DOS EJEMPLOS

Las reflexiones anteriores, intencionadamente desnudas de de nombres propios, tienen, claro está, su justificación en nombres propios. Mejor dicho: sin pensar obsesivamente en determinadas personas, han surgido como un esquema general, esquema en que me cuesta diferenciar qué debo a perfiles concretos, vivos, y qué debo a mi propia apetencia. Claro que, en definitiva, no dejo de reconocer que tal separación resulta en mí prácticamente imposible.

Mis comentarios han nacido como consecuencia de mi adhesión a una obra, del reconocimiento a verdaderos humanistas a quienes he tratado y a quienes mucho debo. Son, en fin, el resultado de un magisterio que he procurado captar en su mayor pureza.

De ahí también que mi referencia a 'humanistas hispanoamericanos' se limite a unos pocos, muy pocos ejemplares. Curiosamente, entre nosotros se ha usado en forma muy dispendiosa la calificación de humanista. Y el mal uso no sólo no ha disminuído, sino que parece haber aumentado con el tiempo. En otra época, no sé si por razones de la novedad, se utilizaba con frecuencia la denominación de 'polígrafo'. La palabra nació, sin duda, como elogio, aunque su sello de frío tecnicismo no obligaba a mucho. Y hasta podía blandirse irónicamente. Otro nombre — el de 'erudito' — aún concediéndole su título más prestigioso, tampoco sobrepasó, ni sobrepasa, del lustre o cumplido circunstancial, aparte de su reconocible limitación.

Con la ayuda de tales elementos confrontadores, es muy corriente ver hoy utilizada la denominación de humanista aplicada a quien, con más exactitud, corresponde llamar 'polígrafo', 'erudito', o algo parecido, pero no humanista⁸.

Verdaderos humanistas hemos tenido muy pocos en Hispanoamérica. En el siglo pasado resalta uno: Andrés Bello. Y su relieve supera limitaciones reales o supuestas que algunos vieron en la proyección político-social de sus ideas. Otros se le acercaron: Miguel Antonio Caro, Juan María Gutiérrez, Mitre, José Toribio Medina... (en Martí había magnífica pasta, pero la ofrenda de su vida no le permitió tal carácter). En fin, a mi modo de ver, la verdadera dimensión se dio cabalmente en Bello.

Esta somera referencia al siglo XIX no oculta, con todo, el preciso blanco de este estudio, que es, bien lo sabemos, nuestra época, o, si preferimos, nuestro siglo. Dentro de esta aprehensible limitación temporal, confieso que he pensado casi exclusivamente en dos auténticos humanistas de este siglo. Dos auténticos humanistas, como son para mí y para muchos, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña.

Son ellos, sin desconocer tampoco aquí proximidades y figuras de relieve, los que — me parece — dan la noción mejor del humanismo hispanoamericano que perseguimos. No se trata de presentarlos como valores absolutos. Aún más, quizás pueda cuestionarse una identificación total con los rasgos que hemos trazado dentro de la particular concreción. Con todo, han sido ellos — repito — los que más han contri-

⁸ Veamos, a través de un ejemplo reciente, esta propensión. El jesuita JOSÉ MANUEL PERAMÁS (que vivió en el Río de la Plata y fue uno de los expulsados en 1767) escribió una obra titulada *De vita et moribus sex sacerdotum paraguaycorum* (Faenza, 1791), obra que al traducirse hace unos años al español se publicó como *Vida y obra de seis humanistas* (trad. de Antonio Ballus, prólogo de Guillermo Furlong S. J., Buenos Aires, 1946). Por descontado, no niego la posibilidad de alterar el título en la traducción (aunque no sea eso lo más recomendable) siempre que corresponda al contenido. Y, con toda la estimación que me merecen los seis jesuitas estudiados, creo que el título original de Peramás es el que realmente debe llevar la obra.

buído a sostener, sin necesidad de personalizaciones paralelas, mi caracterización.

La muerte de Alfonso Reyes y de Pedro Henríquez Ureña (Henríquez Ureña, en 1946; Alfonso Reyes, a fines del 59) no oculta su presencia viva en nuestros días. A su vez, tampoco me olvido aquí de los que se les acercan (sin pretensiones de agotar los nombres: Rodó, Lugones, Sanín Cano, Alfonso Méndez Plancarte, Amado Alonso — tan nuestro —, María Rosa Lida de Malkiel⁹, Francisco Romero...) ¹⁰, si bien, como he dicho, reitero la especial situación de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña.

No deja de ser curioso el hecho de que sea precisamente en nuestro siglo donde más debemos precavernos de una fácil categorización de humanistas, aplicada a hombres que están lejos de merecerla. Por eso, sin afanes de torneo ni de exclusivismo, reitero en esos dos nombres un perfil que, me parece, sostiene airoosamente la caracterización que he intentado. No sólo no nos repugna en ellos (como en otros) la denominación y título, sino que, por el contrario, nos parece el nombre exacto, el que corresponde a la jerarquía que ellos construyeron. Cuando Xavier Villaurrutia, por ejemplo, llama a Pedro Henríquez Ureña 'humanista moderno' (por encima de la denominación de 'erudito') ¹¹, o cuando José Gaos recalca en

⁹ "María Rosa Lida" —dijo una vez Amado Alonso— "es la primera humanista que ha producido la América española, y hemos de reconocer con satisfacción que nuestra América se ha lucido de veras en este primer intento" (A. ALONSO, palabras de presentación a MARÍA ROSA LIDA, *Abejas del Mediterráneo*, lectura radiotelefónica, Buenos Aires, 7 de diciembre de 1943. Ver *Romance Philology* (Berkeley), XVII, núm. 2 (1963), pág. 524). Sería torpe no adherirse a las entusiastas palabras de Amado Alonso, aunque María Rosa Lida desborde las limitaciones regionales de 'nuestro' humanismo...

¹⁰ Por descontado, la diferencia que establezco no desmerece — ¡cómo sería posible! — la dimensión de todos ellos, su indudable jerarquía (literaria, científica) y valor humano. Simplemente recalco un perfil que creo más nítido o mejor defendible en Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña.

¹¹ Ver XAVIER VILLAU RRUTIA, *Pedro Henríquez Ureña, humanista moderno*, en *La Literatura Argentina* (Buenos Aires), IV, núm. 37 (1931), pág. 14.

una dedicatoria a Alfonso Reyes su jerarquía de 'humanista'¹², vemos que tanto Villaurrutia como Gaos (como muchos otros) han empleado la denominación exacta. La que merecen tanto Pedro Henríquez Ureña como Alfonso Reyes, hombres que son, sin rigideces ni blanduras, modelos indudables del 'humanismo hispanoamericano' que propugnamos.

Es forzoso observar cómo confluyen en ellos, sin coincidencias abrumadoras, una serie de notas comunes. No me ocuparé de aspectos ni de detalles sobre los cuales me he detenido en estudios que les dediqué¹³. Únicamente quiero destacar aquí rasgos gruesos, en conexión con el eje de este ensayo.

Así, destaco en los dos el rigor de la formación intelectual, un fundamental aprendizaje filológico, y la riqueza y variedad de los conocimientos, manifestados tanto a través del libro o la revista, como a través de la cátedra o de una conversación sin desperdicio.

Ciertas reiteraciones personalizadas en uno u otro (como la rica presencia del mundo clásico en Alfonso Reyes, o las investigaciones lingüísticas en Pedro Henríquez Ureña, valga el ejemplo) no ocultan un perfil parejo, compacto, mostrado a través de numerosas 'ciencias' comunes (filosofía, filología, sociología, estética, historia...). Tampoco la ocultan líneas como la persistencia del lírico o del autor de ficciones en Alfonso Reyes, líneas cortadas tempranamente en Pedro Henríquez Ureña.

En fin, no es necesario ir más lejos ni es conveniente penetrar en terrenos que tocan ya los relieves más personales que alcanza cada uno como escritor.

¹² "A Alfonso Reyes, representante por excelencia de la nueva unidad histórica de España y la América Española, y en ella de una de las figuras humanas esenciales, la de humanista" (José Gaos, Dedicatoria de la *Antología del pensamiento en lengua española en la Edad Contemporánea*, México, 1945).

¹³ Cf., sobre todo, *Pedro Henríquez Ureña y otros estudios*, Buenos Aires, 1949; *Pedro Henríquez Ureña (tres estudios)*, Tucumán, 1956; *Alfonso Reyes*, en *Humanitas* (Tucumán), I, núm. 1 (1953); *Alfonso Reyes*, en *Reforma Universitaria* (México), 1958; *Retrato de Alfonso Reyes*, en la revista *Norte* (Amsterdam), V, núm. 2 (1964).

Coincidencia fundamental fue en ellos la presencia de América, de 'nuestra' América sobre todo, pero sin perder de vista una totalidad continental, y, menos, la situación de América en el mundo. En los dos se hizo carne el 'problema' de América, que ellos enfocaban esencialmente en el ámbito cultural. Claro que no por eso olvidaban conexiones dentro de una urdimbre que no suele ofrecer fáciles distinciones en sectores.

Si bien el tributo parece aquí más fecundo en la obra de Pedro Henríquez Ureña, es justo reconocer también los aportes de Alfonso Reyes dentro de una órbita por lo común más general y menos erudita. Afanes que, reflejados en múltiples ocasiones, alcanzaron alguna vez resonancia de prueba mutua. Como ocurrió en la Reunión del PEN CLUB realizada en Buenos Aires en 1936. Reunión que sin desmerecer otras presencias americanas, nos muestra a Alfonso Reyes y a Pedro Henríquez Ureña en cercana y muy paralela acción. A propósito del encuentro de 1936, deseo sólo recordar unas palabras de Pedro Henríquez Ureña, acerca del 'nuevo humanismo' en estas regiones: "La nueva generación — dijo — no reniega de la tradición grecolatina..., pero quiere que también se encaren los problemas sociales modernos..."¹⁴.

Quiero ahora hacer hincapié en algo importante, que no podemos olvidar porque nos da, en mucho, la raíz de sus pensamientos: tanto en Alfonso Reyes como en Pedro Henríquez Ureña, América no es una abstracción vista únicamente en los libros o conocida muy parcialmente. América fue en ellos, por el contrario, una realidad viva y vivida, ganada en diversidad de lugares que captaron por lo común a fondo (captación de años, casi siempre), y no con la urgencia turística que vemos frecuentemente en muchos 'estudiosos' que en dos días descubren o pretenden descubrir el acento de un país o una región americana.

En cuanto a la repercusión, reflejo e influencia de su prédica, creo, por último, que, sin buscar una correspondencia

¹⁴ Cf. *Europa-América Latina*, Buenos Aires, 1937, pág. 150.

justa, tanto Alfonso Reyes como Pedro Henríquez Ureña han encontrado en toda Hispanoamérica, y, naturalmente, más allá de sus lugares de origen o de residencia, un eco visible y casi sin paralelos. Es lógico que algunos puedan reprocharles que su proyección no tiene marcado carácter 'popular' o que no tiene una dimensión social manifiesta. Por mi parte, eludo la discusión de lo que no tienen, para centrarme en lo que realmente logran.

Dentro de su repercusión, el eco es notorio, aun considerado en la débil comunicación que suele caracterizar a la mayor parte de los países hispanoamericanos. Reconocemos que la mejoría, en la lucha contra el aislamiento, es lenta. Con todo, es importante señalar que hombres como Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes contribuyeron y contribuyen a romper tales barreras. Nueva, fecunda señal, en este punto en que coinciden, evidentemente, humanismo y americanismo.

No soy tan ingenuo como para pretender que sólo Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña nos dan — o que sólo en ellos encontramos — todos los elementos del humanismo que postulamos, por mucho que ellos hayan realizado o por mucho que esas obras signifiquen como estímulo o modelo.

Aparte de que es presunción limitar materia tan compleja y vital a la labor de dos hombres, de ninguna manera, tampoco, anulan ellas la posibilidad de otros perfiles, notas o contenidos. Únicamente recalco que, dentro de las vías que he recorrido y que creo, lealmente, conocer mejor, son Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña los que nos revelan, en nuestro tiempo y hasta hoy, como espejo de un tratamiento 'contemporáneo', los mejores o más convincentes atributos.

Sólo como reiteración subrayadora (no como engolosinamiento de la autocita), quiero cerrar este breve ensayo con un párrafo aparecido recientemente en una revista hispánica de Holanda. Párrafo que sintetiza lo que pienso desde hace años y que, una vez más, hace resaltar, juntos, los dos nombres:

Alfonso Reyes fue un verdadero humanista, con perfil que asociamos al de Pedro Henríquez Ureña, su gran amigo. El humanismo era en él conocimiento, amplitud de vuelo, tolerancia y calidad

superior de hombre. Alfonso Reyes es de los que prueban que si América es tierra propicia a la personalidad polémica y virulenta, no lo es menos de la comprensión y el espíritu cordial, sin que esto último signifique transigir con la coerción y la hipocresía...¹⁶.

EMILIO CARILLA.

Tucumán, Argentina.

¹⁶ *Retrato de Alfonso Reyes, en Norte* (Amsterdam), V, núm. 2 (1964), págs. 33-34.